familia

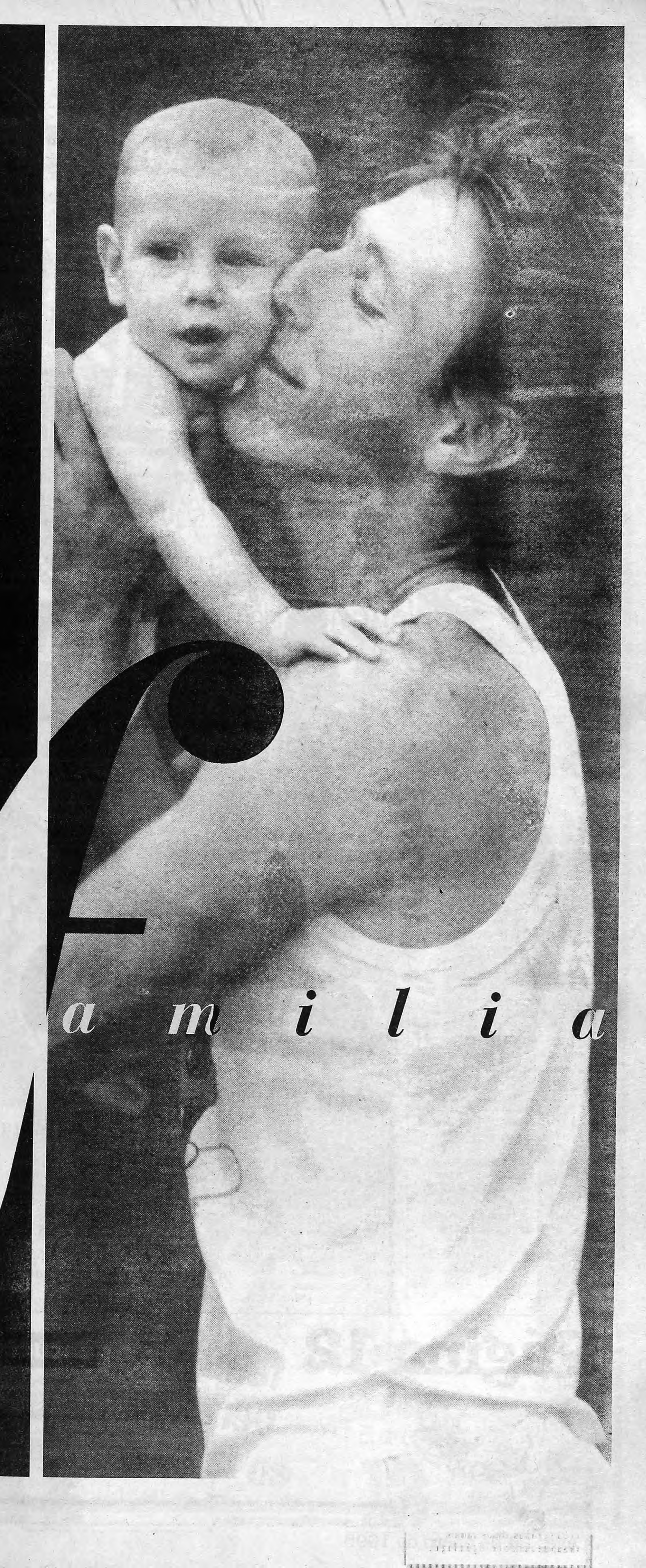
Verano/12

(Por Susana Viau) –Salir así, en plan Simpson, ya no da. Perdoname, pero no da.

–¿Qué quiere decir "en plan Simpson"?

–Bueno... cuatro en el auto y a la ruta.

La mujer escuchó la opinión del chico con el ánimo tirado como un calzón y tuvo conciencia fulminante de dos cosas: que iba a tener que echarle mucha leña a la caldera para que la fiesta de treinta días de playa terminara en paz y que esas iban a ser por mucho tiempo las últimas vacaciones en familia. Debajo de la carpa, la más chica se prende a Hemingway, que la protege de cualquier conato de conversación; el mayor, después de confesar –en otras palabras– el asco infinito que le produce compartir el mundo con sus padres y hermana, se coloca los anteojos oscuros y el walkman. En realidad, piensa la mujer después de un paneo por el patio del balneario, a los otros no les va mejor: parejas maduras solas, muchachos solos, parejas jóvenes solas. Al fin de cuentas, ella es la única afortunada que veranea con su descendencia. Ella y los de la carpa de al lado: rubio él, rubia ella con malla blanca, rubias las tres nenas impecables que juegan a sus pies en la arena. "De postal", se dice, y jugaría lo que tiene a que esa gente no escuchará jamás de boca de su prole lo que ella viene soportando hace años. "Esas tres van a estar bien criadas", reflexiona. El semanario de famas domésticas que hace furor en la costa enseña, sin embargo, que también en Olivos se cuecen habas. Zulemita veranea en Aspen, sin "mi papá", ni "mi mamá", aunque acompañada por un séquito compuesto de tía, prima, doncella y tres guardaespaldas. La primera dama de la República paga casi 500 dólares diarios Ritz-Carlton, ocho mil por un profesor de ski, y no se sabe cuánto por otro que le suministra conocimientos intensivos de inglés. "El que tiene plata hace lo que quiere", filosofa la mujer, justo cuando su hija sale del ostracismo literario y señalando con discreción a los rubios, le susurra: "El tipo es una basura". Es seguro que su oreja biónica ha captado el inicio de una bronca matrimonial. "El chabón le estaba diciendo a la mina –cuenta la chica– que a ellos les venía bien la flexibilización. "A nosotros nos beneficia, flaca, decía. Pagamos menos aportes, hay un período de prueba más largo, les podemos fraccionar el aguinaldo". La mujer mira a los rubios. El pyme le está haciendo arrumacos a la malla blanca. Mira a las tres niñitas que llenan sus baldecitos y mira también los dos suyos que han vuelto a Hemingway, a los anteojos negros, a la cara culo y repite en voz baja la frase inolvidable de Homero (Simpson): "Estos son mis muchachos".





Todo comenzó el día en que dos hombres de mono azul vinieron a instalar el teléfono. Yo estaba loco de alegría. ¡Había deseado tanto aquel aparato! Una natural timidez, una incapacidad para disimular mis sentimientos, ha creado siempre el vacío a mi alrededor. Pero la soledad en que vivía me resultaba odiosa. El teléfono era una puerta al mundo, una salida de socorro practicada en mi lamentable torre de marfil.

Mucho tiempo después de que los hombres se hubieran marchado, yo continuaba acariciando y manoseando el aparato. Descolgaba y colgaba incansablemente el auricular, llamando a la información horaria, a la meteorológica, al noticiario, a informaciones de la compañía...

A partir de aquel día, cada vez que encontraba a cualquier conocido me apresuraba a darle mi número telefónico, precisando que se me podía llamar a cualquier hora del día o de la noche.

–Vivo solo y además el timbre no puede molestar a los vecinos, ya que vivo en un inmueble en el que sólo hay oficinas, que cierran a las seis.

La primera llamada telefónica, lo recuerdo aún con una claridad que los años no conseguirán borrar, la recibí una mañana cuando me estaba afeitando. Mi corazón latía violentamente, mientras limpiaba mi cara del jabón que la cubría.

No reconocí la voz agria que nasalizaba en el auricular. Una voz malvada y contrahecha

EL

de monstruo.

–¿Quién está al aparato? –pregunté.

La voz respondió a mi pregunta con un nombre que me era desconocido. Cuando le pedí que precisara su identidad, me lanzó una andanada de insultos de una vulgaridad increíble. Enrojecí de vergüenza. El auricular se me escapó de las manos. Corté precipitadamente la comunicación. Me encontré de pronto en tal estado de debilidad que tuve que acostarme. Cuando las palpitaciones de mi corazón terminaron por calmarse, me quedé dormido.

Me sacó del sueño el timbre del teléfono. Fui a contestar titubeando.

–Diga. –¿Stanislas? Soy Bannister.

Bannister era, en la lista de mis relaciones, el que más se aproximaba a lo que se llama comúnmente un amigo. El placer de oírlo me produjo el efecto estimulante de un café bien cargado. Me sentí completamente despierto y capaz de mantener una larga conversación.

–Sí, soy yo. Estoy muy contento de que me hayas llamado, eres el primero que utiliza mi teléfono.

Preferí omitir al comunicante que realmente lo había estrenado.

–¿Sí? ¿Por qué entonces vas contando por ahí que te he robado dinero? Si te refieres a los mil francos que me prestaste la semana pasada, puedes estar tranquilo, acabo de devolvértelos. Te he enviado un giro.

Al principio creí que se trataba de una broma. Bannister tenía un sentido del humor muy especial.

–¡Ah, bien! –dije, continuando la broma–. Entonces estoy tranquilo. De todas formas sólo estaba un poquito preocupado. Y hablando de otra cosa, ¿cómo estás?

–Muy bien, sobre todo porque espero no volver a ver tu sucia jeta nunca más. Si te divierte

TELEFONO

Por Topor

Mundialmente conocido como dibujante de línea cruel y horrores despiadados, Roland Topor es también actor de cine y autor teatral, fundador -junto con Arrabal y Jodorowsky- del Grupo Pánico. También escribe: su *Le locateur chimérique* se convirtió en *El inquilino* de Roman Polanski y el relato que aquí se publica pertenece a *Acostarse con la reina* (Anagrama), volumen de cuentos donde las pequeñas pesadillas cotidianas crecen hasta convertirse en sólidos espantos que seguirán estando allí, para siempre, una vez que hayamos abierto los ojos.

'O colgado el teléfono.

diciendo que tus amigos son unos ladrones, agradeceré que te busques otra víctima. Yo estoy harto de ti.

–Pero... ¿hablabas en serio?

Me quedé atónito.

–No te hagas el inocente. Sabes muy bien que hablo en serio. Te he devuelto tus mil francos. Ahora te puedes ir al infierno! ¡Y ojalá vayas!

–No. Bannister...

Un clic. Había colgado.

¿Qué historia estúpida era ésta? ¿Quién habia podido proferir semejantes mentiras sobre mí? ¿Y cómo era tan tonto Bannister para creerselas?

Me dejé caer en una silla con la cabeza entre las manos. Pensé que Bannister no había sido jamás mi amigo. Había fingido quererme, pero en realidad me despreciaba. Estaba dispuesto a creer las cosas más abominables sobre mí. ¿Por qué entonces había representado la comedia de la amistad y de la estima? ¿Qué ventajas había esperado obtener de mí en qué lo había decepcionado?

No sabía qué pensar. Me encontraba triste y cansado.

Al anochecer decidí salir para aclararme las ideas. Me arrastré de bar en bar y, naturalmente, me encontré con Bannister.

Hice como si no lo hubiera visto, esforzándome en beber mi limonada lo más lentamente posible.

Vino hacia mí con una desvergüenza increíble.

–¡Hombre, Stanislas! ¡Qué mala cara tienes!

Conseguí que mi mano no temblara a costa de un esfuerzo titánico. Un tic movía mi párpado. Aborrezco los enfrentamientos donde se pronuncian palabras terribles e irremediables. Al fin pude articular, con voz neutra:

–Es inútil que intentes arreglarlo. Lo has pensado y te has arrepentido, pero para mí es ya demasiado tarde. No quiero volver a hablar contigo ni verte nunca más. Y si quieres que te diga la verdad, pienso que eres un tipo odioso y lo único que siento por ti es desprecio y asco.

Me puse a sudar después de esta parrafada. Ya estaba dicho. Después de esto resultaba imposible volver atrás. Bannister esbozó una sonrisa extraña:

–Está bien. Como quieras. Me das lástima. Adiós.

Dio media vuelta y salió del café. Yo pedí un coñac doble.

La noche siguiente, me despertó el timbre del teléfono. "Si es Bannister, quizá lo perdone", pensé. Pero era una voz de mujer, horriblemente vulgar y chillona:

–Buenas noches, tío, soy Adelaida. ¿Cómo va eso?

–¿Adelaida? No la conozco. ¿Qué número ha marcado?

–El tuyo, cariñito. ¿Porque tú eres mi cariñito, verdad? ¡Qué lástima que seas impotente!

–...

–¿Te ha dado corte, eh? ¿A que no sabías que yo conocía tu desgracia? Soy muy lista, ya ves. Y sé hasta cómo devolverte la virilidad.

–¡Usted está completamente loca! ¡No sabe lo que dice!

–¡Oh, sí, claro que lo sé! Y te gustaría que te dijera lo que tienes que hacer. ¿A qué sí?

–¡Yo no quiero que me diga nada! ¡Usted está loca o borracha!

–No eres amable, cariñito. Es igual, te voy a dar la receta de todas formas. Mira, coges tu sexo entre el índice y el pulgar y... ¡Adivina!

–No me da la gana adivinar las barbaridades que es usted capaz de inventarse.

–¡Te desatornillas el pene! Saldrá una gran cucaracha negra. Es ella la que te impide empalmarte, queridito. Después vuelves a atornillártelo y te conviertes en un hombre normal. ¡Anda, dale las gracias a Adelaida!

–Pobre mujer, la compadezco.

–Sí, sí. Sigue mi consejo y quizás un día hagamos porquerías juntos. Adiós, hermano mío.

Había colgado.

No pude dormir durante el resto de la noche.

En aquella época yo trabajaba en una imprenta como corrector de pruebas. Se trataba de un trabajo minucioso, que exigía una atención constante. Una noche, mi patrón me llamó por teléfono:

–¿Stanislas?

–Sí, señor.

–Stanislas, su trabajo es deplorable. Siento mucho tener que hablarle así, ya que siempre le he tenido simpatía. Pero no puedo seguir haciendo la vista gorda. Usted se ha pasado de la raya. Yo no le pago para que cometa errores, sino para corregirlos.

–Lo siento mucho señor.

–¿Lo siento mucho? ¿Eso es todo lo que se le ocurre decirme? ¿Y qué tengo que hacer yo ahora? ¿Subirle el sueldo?

–No me explico lo que puede haberme pasado.

–Pues yo sí que sé lo que le ha pasado. He querido ignorar la verdad, pero ya no es posible. Me habían advertido respecto de usted, Stanislas. Me habían prevenido de que usted era un incapaz pretencioso, un fracasado y un resentido. No quería creérmelo, pero ya ve. He decidido terminar con usted, está despedido. No quiero volver a verlo por la imprenta, es inútil que venga a cobrar su indemnización, es dinero apenas alcanzará para pagar sus meteduras de pata. Y puede darme las gracias de que no lo demande por daños y perjuicios.

La sorpresa me quitó la respiración. ¿Qué mosca le había picado? Hasta la fecha jamás había tenido queja de mi jefe, ni él de mí. ¿Había sido yo tan negligente? Una vergüenza retrospectiva me mantuvo encerrado en casa durante una semana.

Y luego vino el golpe de gracia.

–¿Oiga, es usted el señor Stanislas Lepsky?

–Sí, yo soy.

–Buenos días, señor. Aunque no nos hemos visto nunca, nos conocemos bien. Por lo menos yo lo conozco. Lo sé todo sobre usted.

–¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

–Por ejemplo, estoy al corriente de su relación amorosa con Simone Flebise.

–¿Es usted amigo suyo?

–No exactamente. Afortunadamente para usted, ya que si fuera así me vería obligado a contarle que todos los lunes y viernes usted visita a una tal Paulette Loudovic en el Hotel de la Montaña, si mis recuerdos son exactos. ¿No le gustaría que lo hiciera, verdad?

Comprendí de pronto que se trataba de un chantajista. Hasta ese momento había pensado que era una manera original de presentarse.

–¿No dice nada? La pobre Simone se pondrá muy triste cuando se entere de las calaveradas de su gran enamorado Stanislas. Porque a la preciosaPaulette no se limita usted a verla, ¿verdad? Usted le habla, también. Y la toca. ¿Quiere que sea más explícito?

Me sentía incapaz de articular una sola palabra. ¿Quién era aquel hombre? ¿Un empleado del hotel? ¿Un amigo de Paulette? Esta tenía el defecto de hablar a troche y moche de cualquier cosa con cualquiera. Mi interlocutor interpretó mal mi silencio:

–¿Quiere usted que le precise? Como guste. usted la desnuda, la tiende sobre la cama y...

–¡Basta! ¿Qué pretende usted? ¿Dinero?

–Exactamente. Dinero. No mucho, no. Sólo lo suficiente para poder vivir. Y para pagarme el hotel de vez en cuando yo también.

–¿Cuánto?

–Cien mil francos. Antiguos, claro. Usted no dispone de medios para darme más.

Se había informado bien.

–¿Dónde y cuándo?

–Magnífico, nos entendemos. A la salida de la estación de metro Place des Fêtes, mañana a las doce en punto del mediodía. Espéreme arriba de la escalera mecánica. Yo me pondré en contacto con usted. ¡Y mucho cuidado con tenderme una trampa! Eso no contribuiría a su felicidad. Una mujer tan hermosa como Simone no se merece ser desgraciada.

–No insista, es inútil. Acudiré a la cita.

Precisamente, yo tenía cien mil francos a mi disposición. Una vez pasado el primer momento de cólera, me dije que el chantajista no se había mostrado muy goloso, ya que cien mil francos no era una cantidad del otro mundo.

El día siguiente, a la hora convenida, me encontraba a la salida de la estación de metro Place des Fêtes. Esperé hasta las dos y luego me marché. Nadie se había presentado ni me pareció ver a ningún sospechoso entre la multitud habitual en estas horas de afluencia. Creo inútil precisar que me hallaba de un humor asesino.

Por la tarde, a las seis, volvió a sonar el teléfono.

–¿Oiga? Ha sido usted puntual. Eso está muy bien.

–¡Escuche! –estallé–. ¡Tengo otras cosas que hacer que perder el tiempo en una salida de metro! ¡Si quiere usted el dinero, tómese la molestia de venir a buscarlo! ¿O tendré que llevárselo a su casa?

Mi interlocutor rió de manera innoble.

–¡Je! ¡Je! ¡Eso no estaría mal! Pero prefiero que entregue la mercancía en un lugar más tranquilo y mejor frecuentado.

–Abrevie.

–Mañana, a las tres en punto de la tarde, en Buttes Chaumont. Tome el barco que hace el servicio del islote.

–Estaré. Pero no me haga perder el tiempo.

Estuve esperando, pero nadie se presentó. Yo estaba loco de rabia. Una vez en mi casa, esperé con impaciencia la llamada telefónica del chantajista. No llamó hasta las once de la noche.

Pasé inmediatamente al ataque:

–Usted no obtendrá nada de mí, ni un céntimo. Cuéntele su historia a quien quiera, me da igual. Los granujas de su especie terminan más tarde o más temprano en la cárcel. Espero que a usted le ocurra lo antes posible.

–Muy bien. Puede ir despidiéndose de la embriagadora Simone.

–¡Me importa un bledo!

–¡Y de la dulce Paulette!

–¡Me importa otro bledo!

–Y puede empezar a ir contando a sus amigos que no lo aceptaron en el servicio militar, pues lo van a saber de todas formas.

–¡Váyase al cuerno, yo no tengo amigos!

Esta vez fui yo quien colgó. Más tarde, Simone y después Paulette me llamaron para anunciarme su intención de romper. Me encontraba en tal estado de abatimiento que no sentí frío ni calor.

Estaba harto del teléfono.

A la mañana siguiente, temprano, me presenté en la oficina de teléfonos. La empleada me reconoció. Era la misma a la que había presentado mi petición hacía unos meses.

–Sé lo que va a decirme, señor –se adelantó–. No es culpa nuestra. Nosotros hacemos todo lo posible. No tendrá el teléfono hasta setiembre. Lo siento mucho, pero no es usted el único que se encuentra en esta situación...

Y se lanzó a un discurso cuyo final no esperé a oír.

Para volver a casa, tuve que luchar a brazo partido con mi miedo. Abajo, en el patio, la portera me detuvo:

–Dos señores han preguntado por usted. Les he dicho que no sabía cuándo volvería. ¿He hecho bien?

Me miraba con inquietud. Yo no debía presentar muy buen aspecto.

–Sí, claro que sí.

La puerta de mi apartamento estaba abierta. Sobre la mesa había un paquete cuidadosamente envuelto en papel de color rosa. Lo desenvolví. En su interior había una guía telefónica.

Maquinalmente, volví la cabeza.

El teléfono había desaparecido.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama

Resumen: *El narrador, Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico, lleva una extraña doble vida aventurera. En la cúpula secreta de su edificio es Catcher, integrante de Magia, que a través de su terminal conectado a la máquina, hace contacto con Subjuntivo. La aparición de Etchenique lo obliga a contarle todo.*

18 LA CONEXION



El parpadeo de los televisores a mis espaldas me indicó que la máquina se impacientaba. No era cuestión de pedir un contacto, pasar la información y después de admitir a un intruso postergar sin explicación el contacto final.

Tecleé la disponibilidad mientras le indicaba al veterano que esperara. No puso reparos. Con todo lo que le había contado, tenía el aire más perplejo que satisfecho de una serpiente que acaba de engullir un cordero y sabe que le esperan dos días de digestión.

Las pantallas invirtieron el sentido de las olitas de vidrio, que ahora subieron como las aguas de una catarata en *rew*, como si la máquina recogiera sus enaguas llenas de puntillas hacia arriba para mostrarme un secreto.

Volvieron a sonar las cinco notas un poco más espaciadas y esta vez sin chasquido alguno que no fuera esa especie de llama encendida bajo el agua que se produjo cinco centímetros detrás de mi entrecejo, Subjuntivo se manifestó.

–La indudable evidencia de que haya mafia acaso te lleve a necesitar la inversión de plano... –dijo sin decir.

Volví la cabeza hacia arriba donde las estrellas habían comenzado, levemente, a cambiar de color y posición. También el fondo o cielo que las contenía no era el mismo; como si amaneciera en un extremo y anocheciera desde el otro, en crepúsculos y amaneceres simultáneos y convergentes. Pero todo muy sutil. Ese proceso se tomaba su tiempo.

Tecleé consultando por la muerte del Troglodita casi por espantosa rutina, y la confirmación fue tan rutinaria como espantosa:

–Que el saber que sangre por sangre no haya sido jamás nuestra regla no los haga creerse impunes, Catcher.

Asentí, di el conforme y conecté el terminal por tres segundos. Al moverme, levemente sacudido, sentí en el hombro la presencia de Etchenique, que observaba como quien se asoma a un balcón que da al abismo. Y algo de eso había, porque le oí decir:

–Cuidado, pibe.

Le alargué mi mano libre, la derecha, y le apreté el brazo. Quedamos al menos afectivamente enchufados unos instantes más. Después las pantallas se convirtieron en un ajedrez multicolor en el que se distribuyeron vertiginosamente, como piezas de una partida rápida, los nombres de todos los que yo había mencionado en mi informe. La flechita coqueteó aquí y allá hasta que finalmente se detuvo en Paredón.

–¿Qué dice? –se intrigó el veterano.

–No dice. Apenas sugiere direcciones, rumbos, te enfila como una gatera y te coloca una zanahoria...

Precisamente la zanahoria titilaba ahora, me marcaba coordenadas con letra y número: "Paredón 49/E/4".

–¿Y eso?

–Ya vas a ver. Esto se acaba por ahora.

Oprimí el código de doce ítems y la máquina se despidió con un baldazo de color y un zarandeo musical que siempre me sonaba a cumbia, tal vez porque simultáneamente era la cúpula entera que movía las metafóricas caderas.

Etchenique no entendía nada. Al mirar para arriba, como suele hacerse cuando se busca explicación o se putea al voleo, descubrió la mutación del techo:

–Se está formando un plano...

–Todavía falta –le confirmé echándole una ojeada. Todavía tenemos unos minutos.

–¿Me vas a explicar?

–Te explico.

Volvimos a nuestros asientos enfrentados y retomé el relato donde lo había dejado. Le conté la agonía de mi convalecencia junto a los providenciales galochas, la casi milagrosa curación con esas hojas que me envolvían la mano húmeda de barro, siempre helada.

Cuando abrí los ojos fue como en las películas, Etchenique; sólo que en lugar de una enfermera rubia de un hospital de Los Angeles frente a mí había dos negritos de camisa floreada que pegaron el grito: "¡Se despertó el Pirovano, se despertó el Pirovano!", y salieron corriendo de la carpa anaranjada. Miré a mi alrededor: estaba en una impecable camilla de campaña, con ropa blanca y limpia y el brazo izquierdo conectado a un extraño aparato cúbico que retenía mi mano bajo una especie de burbuja plástica. No me dolía, no me molestaba, podía mover los dedos, o lo que quedaba de ellos: el "tratamiento" de los galochas me había salvado de la gangrena pero se había llevado algunos milímetros más de falanges.

–¿Dónde estabas? –me corrió el veterano.

–Jamás lo supe ni lo sabré. El que entró, convocado por los negritos, podía ser un lugarteniente de Escobar o el ayudante del Dr. Schweitzer en Lambaréné o, más verosímil, el segundo de un Mengue-le tropical. Pero no: "Te salvamos, Pirovano: fuiste muy valiente y te lo merecías" dijo desde la entrada que ocupaba enteramente con su lomo descomunal. "Mové los dedos", me propuso. Y los moví. Los tendones que se habían fugado irreparablemente estaban otra vez sujetos y activos. "¿Qué me hicieron?" le pregunté. "Te pusimos un perno y prolongamos los tendones con... es complicado pero lo importante es que funciona" dijo el grandote sin demasiada paciencia. "¿Me puedo ir?". "Cuando quieras: te desenchufamos y listo". "Quiero ya".

Etchenique se impacientó.

–¿Y. ni siquiera les preguntabas quiénes eran?

–Sentí que era algo así como un acuerdo tácito de silencio.

Precisamente, el silencio de la cúpula se quebró como una rama seca: *chac*.

Levantamos a un tiempo los dos la cabeza: el techo de la cúpula ya no era un cielo sino la retícula compleja de una plano vagamente familiar.

–¿Buenos Aires? –tanteó Etchenique.

–Más o menos –dije poniéndome en movimiento.

Mañana:
19. Por abajo.

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Ejemplo.
2. Derogar.
3. Pequeña.
4. Campeón.
5. Arrase.
6. Insulsas.

VERTICALES
1. Lactar.
2. Gordas.
3. Habilidad./ Os.
4. Esquives.
5. Pelea./ Ar.
6. Roseta.

	1	2	3	4	5	6
1						
2						
3						
4			■		■	
5						
6	■					

ESCALERAS

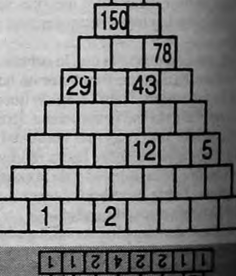
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

A
PERRO
SARNA

B
AÑOS
EDAD

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan en cada caso, algunos números ya indicados.



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Cantantes
1. Luis Miguel — A. Español
2. Cheyenne — B. Dominicano
3. Bertín Osborne — C. Mejicano
4. Juan Luis Guerra — D. Portorriqueño

Cine
1. "El color del dinero" — A. F. Ford Coppola
2. "El padrino" — B. Martin Scorsese
3. "El resplandor" — C. Steven Spielberg
4. "Tiburón" — D. John Carpenter

Ruso básico
1. "bolshoi" — A. Grande
2. "perestroika" — B. Transparencia
3. "glasnost" — C. Reestructuración
4. "mir" — D. Paz

¿Qué es?
1. Banjo — A. Carruaje
2. Gardenia — B. Flor
3. Chistera — C. Sombrero
4. Tartana — D. Instrumento musical

Soluciones

Escaleras
A. Perro, perno, terno, torno, torna, sorna, sarna. B. Años, aros, Eros, eras, erad, edad.

¿Anagrama o sinónimo?
MODELO
ABOLIR
MENUDA
AS■D■T
RASARE
■SOSAS

Escaleras
A. Perro, perno, terno, torno, torna, sorna, sarna. B. Años, aros, Eros, eras, erad, edad.